

Editorial Fundamentos está orgullosa de contribuir con más del 0,7% de sus ingresos a paliar el desequilibrio frente a los Países en Vías de Desarrollo y a fomentar el respeto a los Derechos Humanos a través de diversas ONGs.

Este libro ha sido impreso en papel ecológico en cuya elaboración no se ha utilizado cloro gas.

Traducción de los textos franceses: Lucía Torres Salmerón

© Luis Enrique Alonso, Enrique Martín Criado y José Luis Moreno Pestaña (eds.), 2004
© En la lengua española para todos los países
Editorial Fundamentos
Caracas, 15. 28010 Madrid. ☎ 91 319 96 19
e-mail: fundamentos@editorialfundamentos.es
http://www.editorialfundamentos.es

Primera edición, 2004

ISBN: 84-245-0993-5
Depósito Legal: M-41.491-2004

Impreso en España. Printed in Spain
Composición Francisco Arellano
Impreso por: Omagraf, S. L.

Cubierta: diseño de Paula Serraller sobre *Le chemin de fer*, de Édouard Manet (1873).

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: LO QUE ES TAN DIFÍCIL COMO RARO: LA SOCIOLOGÍA DE UN LUCHADOR CONTRA SU TIEMPO, <i>Luis Enrique Alonso, Enrique Martín Criado y José Luis Moreno Pestaña</i>	9
--	---

I. CAMPOS Y PODERES

1. BOURDIEU, UN SOCIOLOGO POLÍTICO, <i>Patrick Champagne</i>	55
2. DE LA REPRODUCCIÓN AL CAMPO ESCOLAR, <i>Enrique Martín Criado</i>	67
3. ¿PIERRE BOURDIEU Y EL DERECHO?, <i>Remi Lenoir</i>	115
4. LA SOCIOLOGÍA DE PIERRE BOURDIEU FRENTE A LAS CIENCIAS ECONÓMICAS, <i>Frédéric Lebaron</i>	131

II. ESTILOS DE VIDA: LOS AGENTES Y SUS PRÁCTICAS

5. CUERPO, GÉNERO Y CLASE EN PIERRE BOURDIEU, <i>José Luis Moreno Pestaña</i>	143
6. LA PRÁCTICA DEL CONSUMO EN BOURDIEU: CONTRA EL FORMALISMO Y EL POPULISMO, <i>Javier Callejo</i>	185
7. PIERRE BOURDIEU, EL LENGUAJE Y LA COMUNICACIÓN: DEL ANÁLISIS DE LOS MERCADOS LINGÜÍSTICOS A LA DENUNCIA DE LA DEGRADACIÓN MEDIÁTICA, <i>Luis Enrique Alonso</i>	215
8. LA TEORÍA DE BOURDIEU EN LA EXPLICACIÓN Y COMPRESIÓN DEL FENÓMENO DE LA POBREZA URBANA, <i>Alicia Gutiérrez</i>	255

III. PRÁCTICAS TEÓRICAS

9. SOBRE ALGUNOS OBSTÁCULOS SOCIALES A LA COMPRESIÓN DE LA OBRA DE PIERRE BOURDIEU, <i>Gérard Mauger</i>	283
10. EL OFICIO DE LA REFLEXIVIDAD. NOTAS EN TORNO A PIERRE BOURDIEU Y LA TRADICIÓN CUALITATIVA EN LA SOCIOLOGÍA CRÍTICA ESPAÑOLA, <i>José Manuel Rodríguez Victoriano</i>	299
11. EL CONCEPTO DE CAPITAL EN LA OBRA DE PIERRE BOURDIEU. POTENCIALIDADES Y LÍMITES, <i>Juan Ignacio Castián Maestro</i>	317
12. ¿ORTODOXIA O REFORMA DEL ENTENDIMIENTO? LA DOBLE INSOLENCIA DE PIERRE BOURDIEU. EXCURSO SOBRE LA REFLEXIVIDAD, <i>Francisco Vázquez García</i> ..	351
13. OTRA MANERA DE MIRAR, <i>Louis Pinto</i>	375
LOS AUTORES	397

Imputada a veces a las solas capacidades del heresiarca, esta revolución ha tomado la forma de una conversión colectiva, en la cual la crítica, a través de su contribución decisiva a la producción de valor del producto de la actividad artística, ha jugado un rol determinante. Se ha analizado así la emergencia progresiva del campo de la crítica artística (que se autonomiza poco a poco en relación al campo literario) y la relación que se establece entre las posiciones y las tomas de posición sobre las obras, desde aquellas de los autores más hostiles a la obra de Manet, hasta aquellas de los primeros convertidos, que contribuyen a romper la unanimidad de la creencia y a imponer poco a poco a círculos cada vez más extensos la nueva visión del arte, del artista y de la crítica misma. El recuerdo de las condiciones sociales de emergencia de un campo artístico no conduce en absoluto a anular el rol del artista revolucionario, que hay que comprender en su singularidad socialmente constituida, es decir, en sus disposiciones heredadas (a la vez profundamente subversivo y aristocrático, Manet se opone tanto al populismo de los realistas como al conservadurismo de los «pintores pompiers») y en sus bazas particulares, sobre todo su capital económico que le permite «mantenerse» careciendo de mercado, su capital cultural, excepcional en su universo, al cual debió sin duda sus amistades literarias de excepción, y sobre todo su capital social, del que se ha descrito precisamente la génesis y que ha contribuido mucho a darle la fuerza de superar los fracasos y sobrevivir (a diferencia del héroe de *L'Oeuvre* de Zola).

Se ha podido así abordar las obras, consideradas en el movimiento de su aparición, como una serie de desafíos y de rechazos que no pueden comprenderse más que por referencia al espacio de posibles que, a cada momento, se proponían al pintor. Tratando las alusiones estilísticas o temáticas que persigue la iconología tradicional no como simples referencias sino como tomas de posición distintivas en un campo, se ha podido seguir, en el desarrollo de la obra, la serie de rechazos, que son simultáneamente desafíos lanzados a los pintores románticos, a los paisajistas, a Courbet, al eclecticismo comercial de la pintura de género, e incluso a los «impresionistas». Y aprehender así la génesis de los principios de la estética de Manet: el rechazo del ilusionismo conduce a subordinarlo todo a la búsqueda de un espacio tan plano y estrecho como sea posible (luz frontal, eliminación de los semitonos reduciendo el modelo y aplanando las formas, coexistencia en el plano de la pintura de figuras y de objetos situados en planos diferentes) y a acentuar la composición construyendo una reja de horizontales y verticales. Pero una lectura puramente formalista impediría ver que la investigación formal es en sí misma siempre una

Capítulo X

EL OFICIO DE LA REFLEXIVIDAD. NOTAS EN TORNO A PIERRE BOURDIEU Y LA TRADICIÓN CUALITITATIVA EN LA SOCIOLOGÍA CRÍTICA ESPAÑOLA

José Manuel Rodríguez Victoriano

Y me parece que antes de empezar una investigación, hay que preguntarse por qué se hace esa investigación, de dónde viene el problema: viene del campo autónomo de la sociología, es un problema generado por la discusión interna a la sociedad científica, o es un problema importado al campo sociológico desde afuera, por el poder político. Un campo es más o menos autónomo: el campo de la sociología, por razones sociales, es menos autónomo que el campo de la física, o que el campo de la biología, y cada sociólogo ha de luchar para defender su autonomía, y usando los instrumentos de crítica, pero no se puede luchar solo, hay que luchar colectivamente, desarrollando instrumentos.

PIERRE BOURDIEU, 2000: 70.

El orden dominante nos impone el olvido y el olvido de que hemos olvidado. La anamnesis biográfica e histórica (recuperar la memoria de las cosas y las personas perdidas: el psicoanálisis y el socioanálisis) son condiciones de desbloqueo.

JESÚS IBÁÑEZ, 1997: 503.

INTRODUCCIÓN: LA PRÁCTICA SOCIOLOGICA DE LA REFLEXIVIDAD

El reconocimiento de la importancia sustantiva de la perspectiva epistemológica y teórica de Pierre Bourdieu, inscrita en la tradición francesa de la filosofía de la cien-

cia que representan autores como G. Bachelard, A. Koyré y G. Canguilhem, para pensar teóricamente y aplicar metodológicamente el concepto de reflexividad es el punto de partida del presente trabajo. El concepto de reflexividad en Bourdieu es sinónimo de método; una *reflexividad refleja*, como la denomina en *La miseria del mundo*, fundada sobre la práctica de un «oficio». Su ejercicio nos permite comprender, entre otras cosas, que el problema del conocimiento científico «no es entre la ciencia que efectúa una construcción y la que no la hace, sino entre la que la hace sin saberlo y la que, sabiéndolo, se esfuerza por conocer y dominar lo más completamente posible sus actos, inevitables, de construcción y los efectos que, de manera igualmente inevitable, éstos producen» (1999: 528). También que los sujetos de la ciencia no son personajes singulares, más o menos geniales como tiende a describirlos la historia hagiográfica (Bourdieu, 2003: 124), son, por el contrario, sujetos colectivos que llevan «in-corporada» y actualizan la historia colectiva objetivada del campo de su ciencia, con sus luchas y sus correlaciones de fuerzas entre sus agentes e instituciones. Tal y como sostiene la socióloga argentina Alicia B. Gutiérrez en *Las prácticas sociales: una introducción a Pierre Bourdieu* —uno de los trabajos más didácticos y elegantes publicados en lengua castellana sobre la obra del sociólogo francés— la historia social de las ciencias sociales no debe ser considerada como una especialidad entre otras; por el contrario, debe ser entendida como «el instrumento privilegiado de la reflexividad crítica, condición imperativa de la lucidez colectiva y también individual» (2003: 123). En consecuencia, la geografía del conocimiento supone en primera instancia una sistematización de los contextos que producen las condiciones de posibilidad de ubicación de sus objetos; pero implica también una búsqueda, permanentemente abierta, sobre las condiciones de posibilidad de su representación cartográfica, así como, de los sujetos epistémicos que elaboran los mapas. La reflexividad en sus diferentes niveles es el instrumento privilegiado para orientarse en estos desplazamientos.¹ En las páginas que siguen se abunda sobre la cuestión de la reflexividad entendida como la «práctica nuclear» del oficio sociológico. La primera parte explicita cómo las transformaciones históricas han generado la condición de posibilidad de la reflexividad epistémica, cuyo conocimiento, de acuerdo con Gutiérrez, se entiende como una condición necesaria para el ejercicio de una sociología crítica. La segunda apuntan, tras una breve con-

¹ En *Del algoritmo al sujeto*, Jesús Ibáñez (1985: 24), siguiendo a Pierre Bourdieu, distingue cuatro niveles de reflexividad. Un nivel cero equivalente a una percepción ingenua —ideológica— de los hechos. Un nivel uno que implica una reflexión sobre los dispositivos de captación de los hechos: nivel de tecnólogo. Un nivel dos que incorpora una reflexión sobre los dispositivos de integración teórica en los que se almacenan los datos captados: nivel del metodólogo. Un nivel tres que añade una nueva reflexión sobre los dispositivos de integración de los dispositivos de captura y de los dispositivos de construcción: nivel de epistemólogo. El oficio de sociólogo en tanto que oficio de la reflexividad, exige, tanto desde la perspectiva de Ibáñez como desde la de Bourdieu, tratar de asumir el nivel más alto de reflexividad.

textualización sociohistórica, algunas notas sobre la importancia que la cuestión de la reflexividad ha tenido en el desarrollo de una de las corrientes más fecundas de la sociología crítica española, la tradición cualitativa (Ortí, 2000) una corriente de «sociohermeneútica crítica» (Alonso, 1998), que encuentra en el magisterio y en la obra de los sociólogos españoles Jesús Ibáñez, Alfonso Ortí y Ángel de Lucas las claves de su originaria fundamentación epistemológica y teórica; y, en la práctica cualitativa del grupo de discusión (Ibáñez, 1979), su principal aportación metodológica. El ejercicio de la reflexividad deviene en esta perspectiva, tal y como ocurre en la obra de Bourdieu, un requisito necesario para la práctica sociológica. En un artículo escrito en 1992, titulado *El papel del sujeto en la teoría: hacia una sociología reflexiva*, Jesús Ibáñez (1993: 362) resumía el planteamiento de esta cuestión del siguiente modo:

Si alguien no puede ser objetivo son los psicólogos y los sociólogos. Se enfrentan a seres con la misma capacidad objetivadora que ellos. Su actividad alcanza el máximo de reflexividad. La reflexividad se hace recíproca. De este modo, la determinación de las condiciones de posibilidad del objeto y de las condiciones de posibilidad del conocimiento del objeto se efectúa en una sola operación (son las dos de la operación).

En suma, como se apunta más adelante, el itinerario de esta corriente sociológica de cualitativismo crítico encuentra en el concepto de reflexividad uno de sus elementos claves. Sus desarrollos teóricos y metodológicos en algunos momentos anticipan, en otros corren en paralelo, en otros integran y en otros nos permiten pensar complementariamente las aportaciones que Pierre Bourdieu y su práctica de la reflexividad han introducido en el oficio de sociólogo.

LAS RUPTURAS DE LA MIRADA SOCIOLOGICA: DEL «PSICOANÁLISIS DE LA RAZÓN CIENTÍFICA» AL «SOCIOANÁLISIS DEL CONOCIMIENTO SOCIOLOGICO»

Desde una perspectiva histórica, la evolución del conocimiento sociológico se inicia con la constitución de la ciencia clásica y la emergencia del paradigma liberal durante los inicios del sistema capitalista. Se desarrolla con la consolidación del sistema capitalista occidental y la rigidez epistémica del modelo de conocimiento científico del positivismo con sus tecnologías aplicadas dirigidas, principalmente, a la producción de rentabilidad económica, control social e individualización. Y, por último, se actualiza en nuestra inmediata contemporaneidad en un contexto caracterizado, por una parte, en lo sociohistórico por la emergencia de un nuevo orden mundial global impuesto por un rejuvenecido capitalismo ultraliberal

(Santos, 2002); por otra, en lo científico, por la crisis del paradigma de la ciencia moderna y la emergencia y progresiva consolidación del llamado paradigma de la «complejidad» (Morin, 1981; Laszlo, 1997). El arco de este recorrido transita por un camino de rupturas históricas, epistemológicas y políticas que generan la condición de posibilidad de un conocimiento «científico» de la realidad social y consolidan su uso pragmático en la intervención social. Pero veamos más detalladamente estos procesos y sus rupturas.

La noción de «ruptura» ha sido muy fecunda en la tarea de des-naturalizar el conocimiento de la realidad social y sus formaciones ideológicas,² procede de Gaston Bachelard y su contribución, sintetizada en *La formación del espíritu científico* (1982), hacia el desarrollo de un «psicoanálisis del conocimiento objetivo». Para ello, planteó el problema del conocimiento científico en términos de obstáculos epistemológicos y mostró cómo el conocimiento de lo real jamás es inmediato y pleno, sino que, por el contrario, se asemeja, escribe Bachelard, a «una luz que siempre proyecta alguna sombra». Desde esta perspectiva, la irrupción de un proceso de conocimiento científico exige la «ruptura» con el conocimiento ingenuo, «común», de la realidad. La categoría de ruptura anuda una doble discontinuidad: la histórica y la epistemológica. La histórica alude al efecto producido ya sea por la emergencia de una nueva disciplina científica en la historia del saber, ya sea por la revisión o reformulación de los axiomas de una ciencia constituida. La epistemológica supone la ruptura con la experiencia básica, exige la vigilancia crítica con respecto a las evidencias de la percepción y el sentido común.³

La emergencia de un conocimiento «objetivo» de la realidad social que permitiera distanciarse de la tradición de la filosofía social, tuvo que ver, como señalá-bamos anteriormente, con las profundas transformaciones políticas, económicas y

² El paso del «psicoanálisis de la razón científica» al «psicoanálisis de las formaciones ideológicas» en el campo de las ciencias sociales estaba implícito ya que, como observó Luis Martín Santos (1976: 17), «las ideologías emplean los mismos mecanismos que el psicoanálisis ha descubierto en la psique individual. Casi todos los mecanismos desde la condensación a la dramatización, se encuentran en el campo ideológico, pero, sobre todo, el autoencubrimiento de los verdaderos motivos, la sublimación y la racionalización o justificación de lo sin justificación».

³ Las ciencias sociales en Francia trasladaron casi inmediatamente a la sociología esta necesidad de vigilancia epistemológica. Escribe Durkheim observando los efectos que provocan nadar a favor de la corriente de los hechos sociales (2000: 60): «En esos casos somos víctimas de una ilusión que nos hace creer que nosotros mismos hemos elaborado lo que se ha impuesto a nosotros desde fuera. Pero aunque la complacencia con que nos hemos dejado llevar por ella oculta la presión que hemos experimentado, no la suprime. De igual manera, el aire no deja de ser pesado, aunque ya no sintamos su peso». Por su parte, en las primeras páginas de su manual de etnografía, Marcel Mauss escribe: «La observación superficial es peligrosa. No hay que «creer». No hay que creer que se sabe porque se ha visto. No hay que asumir ningún prejuicio moral. Ni asombrarse. Ni dejarse arrebatar por el aburrimiento. Hay que intentar vivir dentro y en la base de la sociedad indígena» (1974: 15). Asumiendo y enriqueciendo esta tradición, la vigilancia epistemológica devendrá en Bourdieu un requisito fundamental para el oficio de sociólogo.

culturales que tuvieron lugar en Europa occidental con la revolución burguesa de los siglos XVIII y XIX; dichas transformaciones dieron lugar a sociología entendida como «conocimiento científico». La ruptura histórica que provocaron estos cambios —y la tensión que los atraviesa entre la reconstitución o la transformación del orden social europeo— posibilitaron la ciencia social moderna y sus usos sociales dominantes. En definitiva, fue en ese concreto contexto socio-histórico donde la sociedad emerge como objetividad posible para el conocimiento científico; donde la pregunta por lo social se articula «científicamente» utilizando los instrumentos que proporciona la observación empírica y la construcción teórica. Cuando, como escriben Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*, «todo lo sólido se desvanece en el aire» (Berman, 1991) aparece la necesidad de un conocimiento sobre lo social que fuerza a los hombres a reflexionar serenamente sobre las condiciones de su existencia y sus relaciones recíprocas. La sociedad deviene progresivamente consciente de su propia realidad, de su historicidad. La investigación social encuentra, en el ejercicio continuo de esta primera reflexividad la condición suficiente para garantizar su evolución como conocimiento científico en el interior del paradigma mecanicista de la ciencia clásica.

También desde su propio origen, la pregunta por las relaciones que construyen lo social y su primer hallazgo metodológico —la constatación que la estructura social es una realidad compleja, en constante transformación, cuyas leyes deben ser buscadas en la propia vida social—, está al servicio de dos grandes proyectos contrapuestos: a saber, el conocimiento sociológico como proyecto global de reorganización funcional (sociología-sociológica), o la reflexión social como proyecto de transformación emancipatoria (sociología-socialista). El primer proyecto pone a la naciente ciencia social al servicio de la regulación del nuevo orden burgués naturalizando, esto es, fundamentando racionalmente a través de sus instrumentos teóricos y de su investigación empírica, el hecho contingente de su dominación. Desde la segunda perspectiva, el conocimiento sobre la realidad social y su investigación empírica se orientan hacia la praxis de la emancipación social, es decir, hacia la transformación de las relaciones sociales de explotación y dominación producidas por el nuevo sistema capitalista hacia intercambios regulados por una mayor igualdad y reciprocidad. Dicho proyecto reclama una transformación del sujeto epistémico, una «conversión de su mirada», que amplíe el campo de su reflexividad; en suma, un tránsito hacia un socioanálisis que permita superar los obstáculos y las resistencias de los agentes sociales.

EL SUJETO EPISTÉMICO: LA OBJETIVACIÓN DEL SUJETO OBJETIVANTE

Por lo que se refiere a la ruptura epistemológica y sus inflexiones paradigmáticas en la evolución en el conocimiento «científico» de lo social, podemos distinguir analíticamente tres inflexiones. En un primer momento, el nacimiento de la ciencia moderna, se consolida un modelo de conocimiento cuantitativo y mecanicista, un modelo que hace posible que la naturaleza sea ley para la razón y, a su vez, que la razón sea ley para la naturaleza, sus procedimientos buscan la naturalización de la dominación social; proponen el estudio de los fenómenos sociales como si fueran cosas «naturales». La sociología positiva es su traducción en el campo de las ciencias sociales. Pertrechada con el método analítico de Descartes y el método inductivo de Bacon, trata de abandonar los falsos ídolos del pensamiento mítico-religioso de la edad media, así como el conocimiento espontáneo dogmático y prejuicioso del sentido común, para arribar al «pensamiento simple», el pensamiento del objeto. La «mirada sociológica» (Martín Santos, 1988) y la investigación social que permite «conocer lo conocido» (Bonaparte, 2002) aparece, en consecuencia, al tomar distancia con la visibilidad inmediata de lo social; el aire —escribía Durkheim— no deja de ser pesado aunque no sintamos su peso. Si esta primera inflexión epistemológica es sobre todo una ruptura contra el saber «común», fundada a partir de los instrumentos empírico —buscando la adecuación a la realidad— y teórico —buscando la coherencia lógica del discurso— de la racionalidad moderna; la segunda inflexión se debe al gran avance teórico que el propio desarrollo de la ciencia moderna y sus aplicaciones tecnológicas propician. Este segundo momento inicia un tránsito del paradigma anterior hacia un paradigma de conocimiento científico caracterizado por la «complejidad». Sus desarrollos teóricos conducen en las décadas iniciales del XX, a la constatación de la imposibilidad de las propuestas empírica y teórica del modelo anterior. Las revoluciones de las mecánicas relativista y cuántica del primer tercio del siglo pasado, transforman la razón científica de la ciencia moderna que se soportaba en la mecánica newtoniana (Ibáñez, 1990). El principio de indeterminación y el principio de incompletitud son algunos de los signos teóricos más relevantes de esta fractura. La armonía del mecanicismo newtoniano deja paso al orden oculto del caos (Balandier, 1990). El conocimiento se interroga sobre su propia posibilidad, y el resultado es que la ciencia adquiere conciencia de sus límites, de la imposibilidad de lograr una descripción totalmente lógica del mundo desde cualquier lenguaje formal, aparecen, pues, las paradojas de la reflexividad y la autoreferencia. La «física social» comtiana y su paradigma positivista son superadas por una segunda inflexión sociológica que abandonando el presupuesto de objetividad absoluta anuda definitivamente reflexividad y complejidad. El desarrollo del saber científico conduce a la con-

ciencia de la incertidumbre, al reconocimiento de que la simplicidad y la estabilidad del mundo newtoniano son la excepción y no la norma, la complejidad se parece más a la norma. El «todo» ya no se puede reducir a la suma de las partes; frente a las partes constitutivas se impone la primacía de las totalidades globales y sus interconexiones: lo real es lo relacional, un intrincado y sinérgico sistema de relaciones. El segundo momento propicia una nueva dialéctica más realista en las relaciones entre la naturaleza y sociedad ya que no sólo atiende a las representaciones y construcciones simbólicas, sino que incluye también el intercambio físico, biológico e informacional de los flujos de energía. La explotación articulando sus vertientes natural, social y humana, deviene «fenómeno social total» (Ibáñez, 1991). En las últimas décadas del siglo pasado se consolida esta segunda inflexión en el llamado paradigma de la complejidad o cualitativo, posibilitando, entre otras cosas, una nueva mirada a la cara oscura de la socialización de la naturaleza, desde sus construcciones simbólicas hasta sus efectos reales.

La tercera inflexión epistemológica, en construcción, va más allá, consiste en una radicalización del sujeto de conocimiento y su compromiso con el campo de su conocimiento. Supone, asumiendo radicalmente que no hay conocimiento sin interés, un compromiso explícito del conocimiento científico con la praxis de transformación social pero en un sentido emancipador. Integra las elaboraciones epistemológicas y teóricas del paradigma de la complejidad pero asume radicalmente el indisociable carácter ético-político de todo conocimiento humano y lo vincula explícitamente con un proyecto socialmente emancipador. En suma, tras la primera inflexión, que permite a la ciencia moderna tomar distancia con el sentido común, la segunda, que da cuenta de las limitaciones del método positivo de la ciencia moderna, emerge esta tercera inflexión en curso. Una propuesta epistemológica de ir más allá de la segunda inflexión para convertir el conocimiento científico que de ella emerge en un «nuevo» sentido común, científicamente informado, de carácter «emancipador», capaz de romper con el sentido común conservador de la ideología neoliberal.

En cuanto al sujeto de conocimiento,⁴ queda atrapado en una doble posición paradójica. De un lado, forma parte de aquella realidad que investiga, la posición sujeto / objeto se difumina. Aparece la primera paradoja. ¿Cómo podemos comprender algo que nos comprende? De otro, en tanto que sujeto, está ligado por el objeto, aprisionado en el orden social que pretende investigar y aquí surge la

⁴ «Las revoluciones relativista y cuántica distorsionan la relación sujeto / objeto —escribe Ibáñez (1990: 34)— en mecánica newtoniana, el sujeto está separado del objeto. En mecánica relativista, el sujeto es deformado por el objeto: sus parámetros básicos —como espacio, tiempo y velocidad— quedan transformados cuando observa / manipula el objeto. En mecánica cuántica, el objeto es deformado por el sujeto: al observarlo / manipularlo lo transforma... El sujeto es —respectivamente— absoluto. Relativo y reflexivo.»

segunda paradoja: ¿cómo podemos sujetar, incorporar al sujeto, aquello que constituye nuestra ligadura? Sin embargo, será precisamente el reconocimiento de esta situación paradójica (Ibáñez, 1985: 22-24) la que proporcionara al sujeto / sujetado su potencia para conocer / actuar, pues le permitirá funcionar como sujeto, en la medida en que estando sujetado sujete lo que le sujeta. La autorreflexividad, la objetivación del objetivador y su autorreconocimiento como sujeto en proceso serán las salidas que se abrirán al sujeto epistémico para salir de este nudo paradójico. Aunque siempre de un modo local y transitorio, el sujeto epistémico deberá asumir su contexto espacio-temporal operando, mediante la articulación de una perspectiva estructural y una perspectiva genética (Bourdieu, 1988: 127), una anámnesis analítica que desvele las huellas de la estructura social escondidas en el presente. El componente político se desprende directamente de esta operación: un sujeto que tiene en cuenta sus puntuaciones sobre el contexto reconoce el diferente valor de los grados de la distinción que efectúa. Asumir la autorreflexividad consiste, en definitiva, en entender que no hay científico plenamente neutral ni ciencia plenamente desinteresada.

El trabajo de profundizar en el planteamiento anterior es una tarea central que aquí queda meramente enunciada. Los siguientes ejemplos que resumo a continuación: los conceptos de «doble ruptura» en Santos y de «intelectual colectivo» en Bourdieu; y la perspectiva del proceso investigación social como una práctica concreta por parte de Alfonso Ortí nos proporcionan elementos para seguir trabajando en esta dirección. Con el concepto de «doble ruptura epistemológica» el sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos, quiere dar a entender que, una vez realizada la ruptura epistemológica, el acto epistemológicamente más importante es la ruptura con la propia ruptura epistemológica. Lo que significa, desde su perspectiva, que no tiene sentido crear un conocimiento «científico» y autónomo del sentido común (primera ruptura), si este conocimiento no se destina a transformar el sentido común y a transformarse en él (segunda ruptura).

Después de tres siglos de un prodigioso desarrollo científico —escribe Santos (2003: 182)—, se vuelve intolerablemente alienante concluir con Wittgenstein que la acumulación de tanto conocimiento *sobre* el mundo se haya traducido en tan poca sabiduría *del* mundo, de la relación del hombre consigo mismo, con los otros y con la naturaleza.

Por su parte, el concepto de «intelectual colectivo» designa un conjunto compuesto por redes críticas que agrupan a intelectuales específicos. Frente a los «grupos de *expertos* a sueldo de los poderosos» el intelectual colectivo, es capaz de definir autónomamente, los objetos y fines de su reflexión:

Puede y debe cumplir —escribe Bourdieu (2001: 40-41)— en primer lugar funciones negativas, críticas trabajando en la producción y en la extensión de instrumentos contra la dominación simbólica que hoy se ampara casi siempre en la autoridad de la ciencia... oponer una crítica propiamente científica a la autoridad pretendidamente científica de los expertos...

En *Meditaciones pascalianas*, un texto que actualiza desde la sociología crítica de *Las palabras y las cosas* de Foucault, se concreta un poco más esta idea:

Si se pretende —observa Bourdieu (1999a: 167)— ir más allá de la predicación, hay que llevar a la práctica, en efecto, recurriendo a los medios corrientes de la acción política —creación de asociaciones y movimientos, manifestaciones y manifiestos— la *Realpolitik* de la razón a fin de instaurar o fortalecer, en el seno del campo político, los mecanismos capaces de imponer las sanciones, a ser posible automáticas, adecuadas para desalentar las infracciones a la norma democrática (como la corrupción de los mandatarios) y estimular o imponer los comportamientos conforme a ella, lo cual favorece también la instauración de estructuras sociales de comunicación no distorsionadas entre quienes detectan el poder y los ciudadanos...

Finalmente, para el sociólogo valenciano Alfonso Ortí, maestro de la sociología crítica española, la comprensión de la realidad como proceso sociohermenéutico, requiere un doble movimiento epistemológico:

Porque —fundamenta Ortí (2001: 141)— la doble operación fundante de la perspectiva sociológica como perspectiva crítica, exige a la vez, de forma paradójica, la implicación y el distanciamiento. Por una parte, el observador debe estar dentro —de una sociedad, de un grupo, de una ideología... — debe participar o implicarse en el proceso social —si se quiere: en la dimensión cultural «emic»— para comprender desde dentro las vivencias y valores del «mundo / objeto». Pero al mismo tiempo ha de conseguir a la vez —en un segundo movimiento u operación— situarse fuera, esto es, distanciarse de los «ídoles de la tribu» (F. Bacon) para iniciar su análisis crítico.

Dicho análisis recupera y reivindica la dimensión praxeológica de la investigación social y la inscribe dentro de los diversos proyectos de comprensión de los fenómenos sociales orientados a la intervención transformadora de los mismos.

En suma, al situarnos en esta tercera inflexión explicitamos la dimensión política del conocimiento científico y reflexivamente asumimos en su integridad que todo conocimiento es una forma de actuar con efectos políticos y sociales. Únicamente desde esta tercera posición es posible el tránsito del «psicoanálisis de la razón científica» al socio-análisis del conocimiento sociológico», la sociología crítica, y de ahí a un conocimiento científicamente comprometido con la transformación

social, la crítica de la sociología. Las perspectivas sociológicas que parten de este lugar asumen la sinergia entre las rupturas históricas concretas que la han posibilitado y las sucesivas inflexiones epistemológicas, nombran en sentido etimológico —crear, hace ver, desvelar— a la realidad social. Su modo de operar consiste en desligar lo que esta ligado por represión; en transformar la memoria histórica en conciencia sociológica, proporcionan elementos teóricos para comprender la asimetría de las reglas de intercambio del orden social dominante y posibilitar su transformación en un sentido socialmente progresista.

Sus sujetos epistémicos incorporan una nueva dimensión: una *Objetivación participante*⁵ que complejiza y enriquece el conocimiento «objetivo» de lo social en la medida en que introduce una separación frente a la ilusión de la transparencia de la vida social y una ruptura con las ideologías dominantes que conforman el sentido común del universo científico-académico. La perspectiva crítica así entendida, explicita la intrínseca naturaleza política genérica y concreta de la investigación social. Genérica en la medida que la radicalidad de su pregunta al dirigirse a los orígenes y fundamentos de las formas históricas de dominación permite acceder —como escribía Bourdieu— a la libertad, la relativa autonomía, que el conocimiento de dichos determinismos sociales permite conquistar contra esos mismos determinismos. Concreta en la medida en que su fundamentación teórico-metodológica se anuda con la praxis interviniendo en la resolución o transformación de problemas sociales concretos. En esta línea, podemos concluir que si la pregunta sobre la naturaleza de lo social posibilitó el nacimiento de la sociología como disciplina científica, las preguntas sobre la naturaleza de la sociología y los usos sociales de su conocimiento posibilitan la sociología crítica y la crítica de la sociología. Con independencia de la posición que adopten —implícita o explícitamente— las diversas corrientes sociológicas, sólo tendremos una cierta garantía de estar en un ámbito riguroso en el conocimiento científico de la realidad social cuando, en mayor o menor escala, asumamos estas tres cuestiones. En este punto, volvemos a encontrarnos con el trabajo teórico-metodológico de Pierre Bourdieu⁶ para seguir

⁵ La objetivación participante representa para Bourdieu una forma compleja de vigilancia epistemológica. En el artículo titulado *¡Viva la crisis! Por una heterodoxia en las ciencias sociales* la define del siguiente modo: «Captar lo esencial de la acción social requiere lo que yo llamo objetivación participante: para llevar a cabo no sólo la objetivación del objeto e estudio sino también, como yo he tratado de hacer en mi propia obra, ya sea sobre los campesinos franceses o sobre los académicos franceses, la objetivación del objetivador y de su mirada, del investigador que ocupa una posición en el mundo que describe y especialmente en el universo científico en el que los académicos luchan por la verdad del mundo social» (2000a: 84).

⁶ El dominio científico de los hechos sociales supone para el Bourdieu de *El oficio del sociólogo* (1994) tres operaciones jerarquizadas e interrelacionadas: una «conquista contra la ilusión del saber inmediato» (nivel epistemológico); una construcción teórica (nivel metodológico) y una comprobación empírica (nivel tecnológico). Este modelo inspirado en Bachelard, ha inspirado, a su vez, algunos de los trabajos más fecundos de la sociología crítica y de la crítica de la sociología en España (Ibáñez, 1979).

pensando estas preguntas; su contribución al concepto de reflexividad epistémica o su definición de nociones claves tales como la de «objetivación del sujeto objetivante» o «autosocianálisis». La sociología crítica de Bourdieu muestra que la aspiración a la «cientificidad» de las ciencias sociales pasa inevitablemente por la subversión de la continuidad ideológica, que naturaliza la dominación social, poniendo de manifiesto el orden estructurante de la realidad. Su contribución a la crítica a la sociología muestra, por otra parte, una praxis que asume el compromiso, es decir, la necesidad de interpretar y asumir los sentidos del proyecto de emancipación, de transformación de la sociedad capitalista en una sociedad más libre, más igual, más justa y, en definitiva, más humana. Una tarea necesariamente colectiva, sobre todo, si pensamos, de acuerdo con Walter Benjamin, que «la crisis, la verdadera crisis, consiste en que todo continúe como está».

EL CONTEXTO DE LA SOCIOLOGÍA IBÉRICA

Introducimos en la relación entre Pierre Bourdieu y la tradición cualitativa en la sociología crítica española requiere una mínima contextualización sociohistórica. Hasta la fecha, la sociología de la sociología no ha sido una práctica muy frecuente en el territorio académico español. Menos frecuente aún, cuando dicha reflexión se ha aplicado a la producción autóctona. En una sucinta visión del contexto sociohistórico que acompaña la evolución de la sociología española desde el siglo pasado, la primera característica que merece ser destacada es la de la conquista de su propia posibilidad de existencia en un contexto históricamente dominado por una intensa represión política, ideológica y cultural en el periodo que va desde el final de la guerra civil hasta el inicio de la transición democrática (1939-1975). Los trágicos y represivos años cuarenta son —como señalaba Alfonso Ortí (1992: 37), en el I Congreso de Sociología española celebrado en Zaragoza en 1981—, los de una sociedad ibérica sin sociología:

Porque —escribe Alfonso Ortí— cerradas todas las vías por la nueva Dictadura el más tímido y mínimo *reformismo en libertad* la noción y el propio significante de sociología son durante largos años —por los círculos más íntimos y menos ilustrados del Régimen— confusa y recelosamente asociados a la *subversión*. Víctima de la grotesca paranoia de un poder que sólo puede legitimarse por la apelación sacralizada a mitos indiscutibles, la sociología va a ser considerada como una «puerta falsa» a través de la que puede reaparecer, espectralmente, el fantasma del socialismo (1992: 37).

En la sociedad española de la post-guerra, encerrada en el páramo de la alineación política y social, no era siquiera posible la ruptura con el «sentido común» dominante, ya que, instalada en una realidad social definida totalitariamente por los aparatos de propaganda oficial del «Pensamiento Único» del franquismo, la mera investigación social empírica de carácter meramente descriptivo: «podía ser identificada —en palabras de Alfonso Ortí (2000: 92)— con el lugar de la (supuesta) objetividad de los hechos, el lugar de la reprimida verdad de lo social cuya «comprensión “estructural” y denuncia definitiva de los fundamentos de la opresión pudiera permitir un espacio abierto al futuro, y privilegiado para la lucha por la libertad».

En una de las escasas investigaciones sobre la génesis y desarrollo,⁷ del campo sociológico autóctono en la segunda mitad del siglo pasado, Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela (2000) han segmentado el proceso de resurgimiento, reinstitucionalización y expansión y consolidación de la sociología española en cinco etapas diferenciadas. La primera, desde 1939 a 1958 abarca el periodo del nacionalcatolicismo y es caracterizada como de la sociología imposible en un clima de negación de las libertades. La segunda, que comprende desde 1959 hasta 1964, es definida como la etapa de la formación de los refundadores y jefes de fila. En esta etapa se reproducen las dos maneras de entender la sociología así como las dos formas de practicarla, por una parte, la sociología sedentaria con una concepción positivista y restringida de la profesión, esto es, la sociología como ciencia empírica, objetiva y neutra que se «propone» objetivar y «cuantificar» la situación de la sociedad española. Por otra, la sociología crítica, que desde una concepción más compleja del conocimiento sociológico, se concibe como un instrumento para comprender los conflictos y las desigualdades sociales que, a su vez, permita desarrollar una conciencia crítica en abierta confrontación con el régimen franquista. La tercera etapa, entre 1965 y 1975, comprende un periodo intermedio de reinstitucionalización, donde, en función del grado de oposición al régimen franquista, de la formación intelectual, así como de la posición en la estructura ocupacional de los sociólogos que las componen se perfilan y consolidan los cuatro atractores de la «galaxia sociológica ibérica». La sociología profesional que entendía que su tarea consistía en proporcionar una descripción —lo más exacta posible en térmi-

⁷ Desde una perspectiva crítica, es una de las investigaciones más interesantes sobre la sociología de la sociología española. Realizada a partir de entrevistas a destacados representantes de las diversas corrientes de la sociología española, se presentó inicialmente como comunicación en el XII Congreso de Sociología celebrado en Madrid en 1990. Se trata de una de las pocas investigaciones sobre el campo sociológico autóctono. Desde una perspectiva epistemológica muy próxima a los planteamientos de Bourdieu, la investigación describe la génesis y el desarrollo histórico de la sociología española; y muestra las líneas maestras que demarcan su territorio, las fuerzas que han contribuido a conformarlo y las escuelas que coexisten en lucha por la apropiación de la competencia legítima (2000: 22).

nos estructural-funcionalistas de la estructura social— que contribuyera al proceso de «modernización» de la sociedad española. La sociología académica preocupada por la promoción de la disciplina en la sociedad y su expansión en el campo universitario. La sociología oficialista que reconocía, desde posiciones próximas a la liberalización del Régimen, la capacidad tecnocrática de esta disciplina para facilitar las reformas administrativas y sociales que el proceso de modernización capitalista. Y, finalmente, la sociología crítica que reivindicaba la órbita teórica del conocimiento sociológico como un instrumento para la transformación del régimen fascista. El proceso de modernización capitalista de la sociedad española marcará la evolución de las siguientes dos etapas: la etapa de consolidación (1976-1985), y la etapa de expansión y oficialización (1982-1990). El campo sociológico resultante quedó delimitado por la expansión de la sociología profesional, el crecimiento de la sociología y la investigación empírica en el ámbito universitario, y el repliegue de la sociología crítica a un espacio más minoritario.

En cuanto a la presencia de la obra de Bourdieu y de sus colaboradores en la sociología española es, hasta la primera mitad de la década de los ochenta, muy reducida. Sin embargo, aunque no es el objetivo de estas líneas analizar esta cuestión en detalle, conviene apuntar que su influencia ya está presente en algunos de los trabajos más significativos de la sociología española de esa época, en *Más allá de la sociología* de Jesús Ibáñez (1979) y en *Escuela, ideología y clases sociales en España* de Carlos Lerena (1986). Otra pista nos la proporcionan las traducciones de su obra, a título meramente indicativo —siguiendo la publicación de la Universidad de Málaga (Díez Nicolás, Pino Artacho y Gobernado Arribas, 1984) que da cuenta de la bibliografía de sociología en lengua castellana hasta 1983— podemos comprobar la traducción de algunos de los textos más significativos de las décadas de los sesenta y setenta: *Argelia entra en la historia* que edita Nova Terra en 1965 en Barcelona; *Estructuralismo y sociología* que edita en Buenos Aires Nueva Visión en 1969; *Los estudiantes y la cultura*, publicado en Barcelona por Labor en 1969; *Mitosociología*, publicado también en Barcelona por Fontanella en 1975; o, por último, dos de las obras centrales de esas dos décadas: *El oficio del sociólogo*, en 1976, publicada en Madrid por la editorial Siglo XXI; en 1977, y *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, editada en Barcelona por Laia. Tras esta primera etapa, la intersección entre la sociológica autóctona y las nuevas producciones de la obra de Bourdieu se amplía considerablemente. El territorio bibliográfico que se va produciendo desde ese momento está atravesado por fobias, filias e indiferencias militantes; en él queda poco espacio para la neutralidad valorativa (Alonso, 2002), excepción hecha de la inocencia epistemológica que caracteriza los trabajos descriptivos de factura netamente académica.

SI BOURDIEU ES LA RESPUESTA, ¿CUÁL ERA LA PREGUNTA?

Para establecer la conexión con la sociología crítica española, resulta un ejercicio muy instructivo aproximarse a la obra de Pierre Bourdieu a partir de la distinción que Jesús Ibáñez estableció entre los investigadores sociales en función de su posición frente al orden social. Siguiendo el planteamiento de Ibáñez (1991: 43-44), la anti-simetría de las relaciones sociales en las sociedades capitalistas genera clases de orden y luchas de clases. En ellas, con una ley de dominación ajustada a la fórmula propietario / proletario, hombre / mujer, adulto / niño, toda la información se concentra en los numeradores y toda la neguentropía en los denominadores. Ante la razón que funda esta ley, la posición del investigador social puede ser la de la pregunta o la de la respuesta. La posición de la respuesta está dominada por el que dictó la ley; carece de reflexividad sustantiva, ya que al no practicar la necesaria ruptura epistemológica con el orden social dominante, se mantiene en continuidad con él y lo naturaliza desde su sociología espontánea. Lo confirma tanto cuando lo afirma en su modalidad conversa —manda la información hacia arriba y neguentropía hacia abajo—; como cuando lo niega en su modalidad perversa —manda información hacia abajo y neguentropía hacia arriba.

La posición de la pregunta se interroga por los fundamentos del orden social dominante, se separa de él, tanto interna como externamente, para poder objetivar sus prácticas. La modalidad de este cuestionamiento puede ser reversiva o subversiva. La primera conduce a dejar al descubierto la lógica dominante del orden social; la segunda tiende hacia la subversión de la lógica de la dominación al mostrar que la ley en la que se funda es esencialmente «injusta» porque no «ajusta» a la realidad.⁸ De nuevo, la objetivación del investigador en el proceso de investigación es un requisito fundamental para esta posición.

La sociología de las respuestas es la posición propia del academicismo y del profesionalismo tecnocrático. Su práctica adictiva suele conducir a las actitudes más jerárquicas y estériles, en términos académicos; por lo general, también, a las más conservadoras, en términos sociales. En sus producciones internas: tesis doctorales, memorias de oposición...; y, en las externas: investigaciones publicadas, artículos, libros; se suelen reducir a la descripción del catálogo de las respuestas sociológicas, aunque, eso sí, cruzadas, pulcramente, por autores, corrientes teórico-metodológicas de adscripción y ámbitos geográficos de procedencia. Su

⁸ Ambas lógicas implican una apuesta política por la transformación en un sentido progresista. Una acción decidida por la supervivencia colectiva: «El intercambio —escribe Ibáñez— es problemático desde que hay acumulación: de objetos como capital, de sujetos como poder, de mensajes como saber (y, en consecuencia, de tiempo como historia). Para comprender la sociedad hay que renunciar a acumular. Hay que jugarse la propia supervivencia para asegurar la supervivencia del conjunto» (1991: 44).

movimiento, básicamente bibliográfico, consiste en estar al día en el registro de las nuevas respuestas sociológicas que van apareciendo. Conviene anotar que esta modalidad en la sociología española ha venido acompañada por una doble simplificación: la que identifica lo «internacional» (como condición suficiente y necesaria) con lo «intelectual»; y la que reduce a una determinada corriente occidental (normalmente la que dominaba en la universidad donde se formó quien hace la descripción) el conocimiento sociológico «internacional».

Dentro de la sociología española, la condición necesaria para asumir la obra de Bourdieu como pregunta ha consistido en compartir, como un lugar estructurante del quehacer sociológico, la reflexión sobre la función social del conocimiento científico social. La condición suficiente para asumirlo como respuesta ha consistido en compartir y apropiarse en términos académicos su progresivo reconocimiento en el mundo universitario. Entender a Bourdieu como pregunta supone situarse en un proceso abierto que, persiguiendo la inteligibilidad de lo social, sigue generando preguntas. Un proceso que considera las respuestas de la teoría y la metodología sociológicas en función de las preguntas de las que partieron, y cuya práctica requiere el oficio de la reflexividad entendido como la tarea fundamental de las ciencias sociales.

La sociología crítica española en su tradición cualitativa se inscribe explícitamente en la posición de la pregunta. Una pregunta dirigida a las transformaciones estructurales que se imponen con la consolidación del capitalismo en la sociedad española durante la década de los sesenta.⁹ En dicha corriente, están presentes —desde sus mismos desarrollos iniciales en la llamada Escuela Crítica de Ciencias Sociales (CEISA)— una problemática teórico-metodológica con estrechas resonancias y profundas similitudes a la que por esa misma década enfrenta Pierre Bourdieu¹⁰ salvando, obviamente, las diferencias entre los contextos sociales, políticos y académicos de ambos países. La recuperación crítica de la dimensión cualitativa en esta tradición de la sociología española está originariamente enraizada en la Escuela de Frankfurt e incorpora la imaginación sociológica de Wright Mills. Su perspectiva —como ha resumido Alfonso Ortí (1993)— integra una triple reacción crítica. Desde un punto de vista teórico, una crítica a la demagogia cuantitativista del universo social y la carencia de sentido de su empirismo abstracto que produce datos cada vez más precisos y cada vez

⁹ El contexto de esta transformación es descrito del siguiente modo por Ángel de Lucas y Alfonso Ortí: «Los primeros sesenta fueron los años de constitución de la sociedad de consumo de masas. Los austeros valores morales del socialcatolicismo, rigurosamente dominantes desde la contrarrevolución triunfante en 1939, iban a entrar en contradicción con los intereses de un capital volcado casi exclusivamente a la producción y comercialización de bienes de consumo y que necesitaba, consecuentemente, generar una nueva norma de consumo de masas, especialmente entre las nuevas clases medias urbanas emergentes.»

¹⁰ El papel de la reflexividad en tanto que «condición imperativa de la práctica de las ciencias sociales» (Bourdieu, 2000a, 114) se va gestando en sus trabajos iniciales sobre la sociedad de la Cabilia y conducen a su primera sistematización en *El oficio del sociólogo*.

menos relevantes. Desde un punto de vista ideológico, supone una reacción crítica frente al sesgo conservador de las representaciones sociales que produce la encuesta estadística en cuanto canal de comunicación por el que sólo circulan con facilidad las formas convencionales y los valores ideológicos dominantes. En tercer lugar, desde un punto de vista sustantivo, implica una reacción crítica frente al desconocimiento de la especificidad, riqueza y profundidad del orden simbólico y su expresión en los discursos sociales. Por último, desde esta perspectiva el investigador social se concibe como un «sujeto en proceso»; un ajustado sintagma que condensa, como han señalado Ángel de Lucas y Alfonso Ortí (1995: 8), uno de los principios epistemológicos fundamentales de esta tradición, esto es, el sujeto investigador modifica, necesariamente, el proceso que observa y, a su vez, se modifica a sí mismo al observarlo. El investigador social viene un «sujeto en proceso» en la medida que asume ambas modificaciones en el diseño y en el desarrollo de la investigación.

En definitiva, la convergencia en la posición común de la pregunta frente al orden social que impone las transformaciones del capitalismo¹¹ es el hecho decisivo que nos permite explicar las resonancias y las profundas similitudes entre los desarrollos teóricos y metodológicos de ambas corrientes, así como la importancia posterior que la obra del sociólogo francés irá adquiriendo en la evolución de la sociohermenéutica crítica española. Y esto es así, porque ambas tradiciones no sólo comparten la definición de una problemática común desde sus inicios sino además porque hacen del ejercicio de la reflexividad su propuesta metodológica nuclear. El resultado de este mestizaje, el conocimiento de los modos de conocimiento, tiende a confluir en una propuesta teórico-metodológica de carácter dialéctico que, desde su estrecha y explícita vinculación con la praxis social, nos posibilita desnaturalizar la sociedad desde la sociología, así como desnaturalizar la sociología desde la propia sociología al mostrar los efectos sociales que tienen sus prácticas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, L. E. (1998), *La mirada cualitativa en sociología*, Fundamentos, Madrid.
 — (2002), «Pierre Bourdieu in memoriam (1930-2002). Entre la bourdieumanía y la reconstrucción de la sociología europea», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 97, enero-marzo, pp. 9-28.

¹¹ En un breve balance sobre dicho período que significativamente lleva por título: *Una aproximación a las ciencias sociales: Argelia como metáfora*, Bourdieu (2000b: 116) escribe: «Poco a poco, me fui comprometiendo en un proyecto más ambicioso de etnosociología económica (siempre me ha desmarcado la oposición entre sociología y antropología). Para entender la lógica del paso de la economía precapitalista a la economía capitalista...».

- ÁLVAREZ-URÍA, F. y VARELA, J. (2000), *La galaxia sociológica*, La piqueta, Madrid.
 BACHELARD, G. (1982), *La formación del espíritu científico*, Siglo XXI, México.
 BALANDIER, G. (1990), *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales*, Gedisa, Barcelona.
 BERMAN, M. (1991), *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, Madrid.
 BONAPARTE, P. (2002), *La mirada del Marciano. Ensayos para conocer lo conocido*, Eudeba, Buenos Aires.
 BOURDIEU, P. (1988), *Cosas dichas*, Gedisa, Barcelona.
 — (1999a), *La miseria del mundo*, Akal, Madrid.
 — (1999b), *Meditaciones Pascalianas*, Anagrama, Barcelona.
 — (2000a), *El sociólogo y las transformaciones recientes de la economía en la sociedad*, Libros del Rojas / Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
 — (2000b), *Poder, Derecho y Clases Sociales*, Desclée de Brouwer, Bilbao.
 — (2000c), «Una aproximación a las ciencias sociales: Argelia como metáfora», *Quaderns de la Mediterrània*, 1.
 — (2001), «Por un movimiento social europeo», en *Contrafuegos 2*, Anagrama, Barcelona.
 — (2003), *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*, Anagrama, Barcelona.
 DÍEZ, J., DEL PINO, A. y GOBERNADO, R. (1984), *Cincuenta años de sociología en España. Bibliografía de la lengua castellana*, Universidad de Málaga, Málaga.
 DE LUCAS, A. Y ORTÍ, A. (1995), «Génesis y desarrollo de la práctica del grupo de discusión: fundamentación Metodológica de la investigación social cualitativa», *Investigación y Marketing*, 47.
 GUTIÉRREZ, A. (2002), *Las prácticas sociales: una introducción a Pierre Bourdieu*, Tierradenadie, Madrid.
 IBÁÑEZ, J. (1979), *Más allá de la sociología. El grupo de discusión técnica y crítica*, Siglo XXI, Madrid.
 — (1985), *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*, Siglo XXI, Madrid.
 — (1993), «El papel del sujeto en la teoría (hacia una sociología reflexiva)» en E. LAMO DE ESPINOSA y J. RODRÍGUEZ IBÁÑEZ (eds.) *Problemas de teoría social contemporánea*, CIS, Madrid.
 — (1990), Nuevos avances en la investigación social. La investigación social de segundo orden, Suplementos *Anthropos*, 22, Barcelona.
 — (1991), *El regreso del sujeto*, Amerinda, Chile.
 — (1997), *A contracorriente*, Fundamentos, Madrid.

- LASZLO, E. (1997), *El cosmos creativo. Hacia una ciencia unificada de la materia, la vida y la mente*, Káiros, Barcelona.
- LERENA, C. (1986), *Escuela, ideología y lucha de clases en España*, Ariel, Barcelona.
- MARTÍN SANTOS, L. (1976), *Una epistemología para el marxismo*, Akal, Madrid.
- (1988), *Diez lecciones de Sociología*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- MORIN, E. (1981), *La naturaleza de la naturaleza*, Cátedra, Madrid.
- ORTÍ, A. (1989), «Transición postfranquista a la monarquía parlamentaria y relaciones de clase: del desencanto programado a la socialtecnocracia transnacional», *Política y Sociedad*, 2
- (1992), «De la guerra civil a la transición democrática: resurgimiento y reinstitucionalización de la sociología en España» en R. REYES, (ed.), J. IBÁÑEZ (dir./coord.), *Las ciencias sociales en España. Historia inmediata, crítica y perspectivas. Sociología*, Universidad Complutense, Madrid.
- ORTÍ, A. (1993), «La perspectiva cualitativa en la investigación social: el grupo de discusión y la entrevista abierta como prácticas concretas», Curso de la UNED, Ávila.
- (1996), *En torno a Costa*, MAPA, Madrid.
- (2000), «La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo», en M. GARCÍA FERRANDO, F. ALVIRA y J. IBÁÑEZ (comp.), *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*, Alianza, Madrid, 3.^a edición.
- (2001), «En el margen del centro. La formación de la perspectiva sociológica crítica de la generación de 1956», *RES*, 1.
- (1998), «Investigación social», en S. GINER, E. LAMO DE ESPINOSA y C. TORRES (eds.) *Diccionario de sociología*, Alianza, Madrid.
- SANTOS, B. DE S. (2000), *A crítica da razão indolente. Contra o desperdício da experiência*, Cortez, Brasil.
- (2002), *A Globalização e as ciencias sociais*, Cortez, Brasil.
- (2003), *Un discurs sobre les ciencies. Introducció a una ciencia postmoderna*, Edicions del CREC / Denes, Valencia.

Capítulo XI

EL CONCEPTO DE CAPITAL EN LA OBRA DE PIERRE BOURDIEU. POTENCIALIDADES Y LÍMITES

Juan Ignacio Castián Maestro

INTRODUCCIÓN

La obra sociológica de Pierre Bourdieu se encuentra organizada por una serie de conceptos claves, como los de «*habitus*», «campo», «interés», «estrategia» y «capital». En este artículo vamos a ocuparnos con cierto detenimiento de este último concepto. Su análisis reviste para nosotros una importancia decisiva, en la medida en que en él se encuentra uno de los puntos de partida de las reflexiones teóricas y de los estudios empíricos de este autor sobre las relaciones de dominación y la estratificación social. Más en concreto, en el programa teórico de Bourdieu, el capital, desglosado en sus distintas «especies», funciona, a través de los procesos responsables de su desigual distribución dentro de cada campo social, como el mecanismo fundamental por medio del cual se generan y se manifiestan las diferencias de poder entre las personas. Por ello, no es posible entender la dinámica de lo social en el pensamiento de Bourdieu, si no se entiende previamente su concepto de capital. Y por ello mismo también, es en las potencialidades y en los límites de su particular concepción acerca del mismo en donde residen una gran parte de las potencialidades y los límites de su visión de lo social en un sentido más general. Es allí en donde se encuentra la raíz de su capacidad para desvelar las profundas homologías existentes entre hechos aparentemente tan dispares como las políticas empresariales de maximización de beneficios, los lances de honor entre los campesinos de Kabília y el afán por hacer gala de un elevado gusto artístico en los ambientes «distinguidos». Pero es allí también en donde encontraremos las raíces de la incapacidad de Bourdieu para afinar más en sus análisis, para seguir profundizando en las semejanzas